

Diéguez, en cuyos versos á *La Garza*, aunque desiguales, hay cierta suavidad apacible, desvirtuada por la difusión verbosa y los descuidos prosódicos.

La novísima generación literaria de la América central, con sus tendencias cosmopolitas, procedentes del modernismo francés, tuvo por heraldo á Rubén Darío, autor de la miscelánea en prosa y verso que lleva el afectado título de *Azul*<sup>1</sup>, y sobre la que discurrió extensamente D. Juan Valera en una de sus *Cartas americanas*. El Sr. Darío, nacido en Segovia de Nicaragua (1867), residió algunos años en Chile, donde se publicaron sus primeras obras literarias. Es un *colorista* decidido que sigue las huellas de los modelos parisienses; un sibarita del estilo, enamorado de las palabras vibrantes y sugestivas, y que, en cuanto al fondo, se hace eco del pesimismo y la voluptuosidad más disolventes, á los cuales aludió Valera al censurar la abundancia de lo *negro* y lo *verde* en los cuentos y las poesías de la colección mencionada.

La escuela en que figura Rubén Darío, y á la que también se han afiliado, con más ó menos restricciones, Máximo Soto Hall y otros jóvenes centro-americanos, es la misma que hemos visto imperando en Cuba y México, y con que después nos encontraremos en otras Repúblicas del Nuevo Mundo; la escuela del ritmo exquisito, del detalle rebuscado, de la habilidad técnica, á la que no se vacila en sacrificar el pensamiento y la emoción, sin perjuicio de que ese empeño de acicalar la forma traiga de la mano las redundancias tautológicas y parasitarias, mal encubiertas por el halago sensual de colores y sonidos.

<sup>1</sup> Valparaíso, 1888. En el mismo año publicó Darío la novela *Emelina*, en colaboración con Eduardo Poirier, y posteriormente ha insertado nuevos artículos y poesías en la *Revista Ilustrada* de Nueva York y en varios periódicos de la América española.



## VENEZUELA

**A** pesar de los múltiples elementos de progreso reunidos en la antigua Capitanía General de Caracas durante los últimos años de la dominación española, no fué allí por entonces la producción literaria ni muy abundante ni muy selecta, y el único que entre los ingenios venelozanos de aquel período estaba predestinado á conquistar las palmas de una gloria indiscutible, es el poeta de la *Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida*; el creador de los estudios filológicos en las Repúblicas hispano-americanas, que salvó así de inminente naufragio el idioma que hablan hoy sus hijos; el educador de un pueblo como el de Chile, que tanto se ha señalado por su prosperidad, recientemente amenazada; el maestro de una generación formada en el estudio de sus obras, y que aun no se ha extinguido, por fortuna; el polígrafo insigne que promovió la cultura de su gente en todos los órdenes de la actividad intelectual.

La figura de Andrés Bello no cabe en el reducido marco de una apreciación tan rápida y superficial como la que aquí puedo consagrarle; pero existen ya libros donde se amplía lo que voy á apuntar en pocas páginas (1) sobre las múltiples aptitudes del egregio autor

(1) Véanse, como complemento, la *Vida de D. Andrés Bello*, por D. Miguel Luis de Amunátegui (Santiago de Chile, 1882); el *Elogio* del gran escritor leído por D. Manuel Cañete ante la Academia Española; el *Estudio biográfico y crítico*, original de Don Miguel A. Caro, que precede á las *Poesías de Andrés Bello* (Ma-



venezolano, las cuales de tal modo se enlazan y penetran, que no cabe hablar aisladamente de cada una sin relacionarla con las demás.

Así ocurre que las mejores poesías de Bello—pues no hay para qué fijarse en otras indignas de su pluma—están denunciando un género de arte erudito, propio de quien tenía trato familiar con la literatura clásica y las modernas, de quien llevaba en su memoria reminiscencias de innumerables modelos, tomando de sus lecturas conceptos é imágenes que hizo propios por la novedad del estilo. Las prolijas investigaciones de Don Miguel A. Caro y de Menéndez y Pelayo han puesto fuera de duda que Bello imitó á muchos autores, desde Horacio y Virgilio hasta Arriaza y Maury, y cualquiera nota en las más selectas estancias del poeta venezolano que no es la espontaneidad el carácter de su nomen, ni muy viva la llama que lo enciende, antes bien por todas partes se ve asomar la obra de la reflexión

drid, 1882), en la *Colección de Escritores castellanos*, y sobre todo la brillante semblanza del cantor de la Zona Tórrida que ha incluido Menéndez y Pelayo en el tomo II de la *Antología de poetas hispano-americanos* (páginas CXVII-CLVIII). — Nació Bello en Caracas, á 29 de Noviembre de 1781, dos años antes y en la misma ciudad que su amigo y discípulo el *Libertador* Bolívar. Después de obtener reputación extraordinaria como alumno aventajadísimo en las cátedras de Humanidades y Filosofía, se dedicó, muy joven aún, á la enseñanza, y desempeñó algunos cargos administrativos. En 1810 formó parte de una comisión diplomática que tenía por objeto negociar con el Gobierno inglés que protegiera los intereses de las colonias españolas emancipadas. Residió en Londres diez y nueve años, dedicándose á la literatura, sin abandonar los manejos políticos, y fundando dos revistas tan importantes como la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*, donde publicó algunas de sus mejores producciones en prosa y verso. Habiéndole ofrecido el Gobierno de Chile el cargo de Oficial mayor en el Ministerio de Relaciones Exteriores, salió de Inglaterra en 1829, pasando el resto de su vida en aquella República, que le debe la creación ó reorganización de un centro universitario, la redacción del *Código civil*, promulgado en 1855, y otros inapreciables servicios á los que correspondió Chile colmando de honores al sapientísimo maestro y obligándose á costear la edición de sus *Obras completas*, que comenzó á publicarse en 1881 y que ha terminado ya para gloria de su autor y de las letras hispano-americanas. Falleció Andrés Bello en 15 de Octubre de 1865.

sabia é infatigable, que pule y abriga los versos, que dispone cuidadosamente los vocablos y busca la perfección de la forma, como ideal supremo y recompensa de sus afanes.

La *Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida*, que es, sin disputa, la producción poética más acabada de Bello, obedece, en cuanto á su pensamiento inicial, como las *Geórgicas* de Virgilio, á la atracción que ejercen en un alma noble y varonil los encantos de la Madre Naturaleza, de la vegetación rica y exuberante, de la existencia del hogar, dignificada por el trabajo, del idilio eterno que se oculta en las faenas del agricultor al arrancar de las entrañas de la tierra los tesoros que la transforman y embellecen, y que rinden al hombre el sustento, la tranquilidad y la honesta alegría. El nuevo paraíso que celebran las estrofas de Andrés Bello posee el vigor primitivo de la virginidad, pero ofrece á sus ojos el contraste de los luctuosos trofeos conquistados en la guerra, con los que proporcionan los días de calma fecunda; y por eso la sencillez patriarcal del poeta se interrumpe con los agrios sonidos de la sátira y con las lamentaciones de la elegía, y hace vibrar la lira de Virgilio con los estremecimientos propios de la de Juvenal. Cuando las falsedades bucólicas que inundaron con su vicioso follaje la literatura del viejo Continente caían en el abismo del descrédito y el olvido, ¡cuán grato suena el rumor de esta poesía sana y vigorosa, que trae en sus alas el aroma de una vegetación nueva; de esta poesía en que la intención didáctica pierde su monótona sequedad y ostenta la misma frescura que en Hesiodo, dirigiéndose también á una sociedad recién constituida, y con la inexperta movilidad de la infancia! Bello realizó así algo de lo que Augusto recomendaba á Virgilio al darle el encargo de restaurar en los pueblos de Italia el amor á la agricultura, obscurecido por el tumulto bélico; y si hubiese logrado convencer á las naciones emancipadas por el



vencedor de Junín, no las habríamos visto nunca en la postración que dejan en pos de sí las discordias civiles.

A la alteza del pensamiento que inspiró la *Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida* acompaña la gallardía de la ejecución, en que parecen multiplicarse los recursos y primores de nuestro idioma hasta competir con el del Lacio, por la concisión y la fuerza representativa de la frase. Fuerza es reconocer, sin embargo, que la musa de Bello no se mantiene á la misma altura en el decurso de la composición, sino que también languidece y se echa en brazos del prosaísmo.

Y lo que no pasa en la *Silva* de defecto venial, se agrava, hasta tocar los límites de pesadez intolerable, en varios fragmentos de la *Alocución á la Poesía*, y en otras composiciones que parecen escritas por cálculo frío y razonador, sin el movimiento apasionado con que estremece el alma la inspiración legítima. Nada de esto debió de ocultarse á la perspicacia crítica del mismo Bello, quien, acaso por haber llegado, en la última época de su vida, á adquirir plena conciencia de lo que podía y lo que no podía hacer su numen poético, lo aplicó con asiduidad á la versión esmerada de obras ajenas que le daban ya dispuesto el material, encargándose él de elaborarlo primorosamente. Eso hizo con *El Orlando enamorado*, de Boyardo, con algunos poemas de Byron y con *La Oración por todos, Moisés en el Nilo*, y otras poesías de Víctor Hugo, á pesar de que el espíritu y los procedimientos del gran lírico francés nada tienen de común con la parsimonia y la severidad clásica del intérprete, que, huyendo del servilismo de la letra, modifica el texto original y se atiene sobre todo á la fidelidad íntima y psicológica.

La *Gramática castellana destinada al uso de los americanos*, que publicó Bello por vez primera en Santiago de Chile (1847), y á la que había precedido su *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación*

*castellana*, no sólo contribuyó á impedir la corrupción de nuestro idioma en el Nuevo Mundo, producida por múltiples causas contra las cuales fué valladar firmísimo; no sólo demuestra un despejo y una sutileza extraordinarios para resolver las más arduas cuestiones lingüísticas, iluminándolas con el fulgor de la originalidad, sino que ha excedido, con mucho, las modestas aspiraciones del autor, y se destaca hoy á nuestros ojos como venerable monumento erigido á la fraternidad del pueblo español y el hispano-americano; monumento sólido, de puras y severas líneas, que persistirá cuando hayan desaparecido muchas brillantes y ostentosas creaciones de la fantasía, muchos prestigios impuestos por la moda pasajera. Conservar un lenguaje es conservar el espíritu de la raza que en él ha encarnado, y por este motivo la obra de Bello, aceptada como autoridad en nuestras antiguas colonias, donde se difundieron y siguen difundiendo las enseñanzas que contiene, ha servido para favorecer esa corriente de simpatía que llega del otro lado del Atlántico á nuestras costas, cuando en época no muy distante llegaba el eco de protestas y execraciones; y servirá también, á la larga, para que los elementos heterogéneos acumulados por la inmigración en los países que emancipó la espada de Bolívar, lleguen á convertirse en organismos por donde circule la savia de la tradición castizamente española.

Prescindiendo del valor trascendental que las circunstancias han añadido á los trabajos lingüísticos de Bello, es muy grande su excelencia intrínseca, por el criterio, la erudición exquisita, la profundidad del análisis y la madurez del juicio, que allí nos brindan al estudio y á la admiración. El insigne gramático venezolano supo romper las ligaduras con que los preceptistas del Renacimiento habían amarrado al convencionalismo uniforme del patrón latino las particularidades fonéticas y morfológicas de las lenguas romances; se



apartó igualmente, y quizá demasiado, de aquella escuela que redujo á pura ideología la ciencia gramatical; volvió por los fueros del método inductivo, hasta prescindir á veces del carácter de la palabra como signo del pensamiento; y, sin embargo, en sus teorías y clasificaciones domina un privilegiado talento metafísico. Sería injusto tener por mero discípulo de Condillac y Destutt-Tracy á quien rebate con frecuencia sus doctrinas, como en la famosa cuestión del verbo único; á quien, practicando el eclecticismo prudente, opuesto á la rigidez dogmática de las escuelas, toma de cada cual lo que coincide con sus opiniones, cuando no son éstas completamente originales.

Si Bello defendió algunas paradojas en su Gramática; si no hizo la separación conveniente de la Analogía y la Sintaxis; y, por fin, si no parece admisible el criterio que le guió en sus reformas ortográficas, tales defectos significan poco al lado de las brillantes condiciones con que están unidos.

Otro tanto cabe afirmar respecto de los *Principios de Ortología y Métrica*, cuyas conclusiones son irreformables en lo substancial, aunque no en algún punto determinado, como la definición del acento, que el autor no distingue bien del tono ni de la cantidad.

«A los méritos eminentes de filólogo—dice Menéndez y Pelayo—corresponden en Bello otros, no menos positivos y memorables, de investigador y crítico literario. Hasta la publicación de sus obras completas no se le ha hecho plena justicia en esta parte, por lo disperso de sus trabajos y por ser de tan gran rareza en Europa, y aun inasequibles á veces, las revistas y periódicos en que primitivamente los dió á luz. En las cuestiones relativas á los orígenes literarios de la Edad Media y á los primeros documentos de la lengua castellana, Bello no sólo aparece muy superior á la crítica de su tiempo, sino que puede decirse sin temeridad que fué de los primeros que dieron funda-

mento científico á esta parte de la arqueología literaria. Desde 1827 había ya refutado errores que todavía persistieron, no sólo en los prólogos de Durán, sino en las historias de Ticknor y Amador de los Ríos: errores de vida tan duradera que, después de medio siglo, todavía no están definitivamente desarraigados y se reproducen á cualquier hora por los fabricantes de manuales y resúmenes. Bello probó antes que nadie que el asonante no había sido carácter peculiar de la versificación castellana, y rastreó su legítima filiación latino-elesiástica en el ritmo de San Columbano, que es el del siglo vi, en la *Vida de la Condesa Matilde*, que es el del xi, y en otros numerosos ejemplos; le encontró después en series monorrimas en los *cantares de gesta* de la Edad Media francesa, comenzando por la *Canción de Rolando*; y por este camino vino á parar á otra averiguación todavía más general é importante, la de la manifiesta influencia de la epopeya francesa en la nuestra; influencia que exageró al principio, pero que luego redujo á sus límites verdaderos. Bello determinó antes que Gastón París y Dozy el punto de composición, el oculto intento y aun el autor probable de la *Crónica de Turpin*. Bello negó constantemente la antigüedad de los romances sueltos, y consideró los más viejos como fragmentos ó rapsodias de las antiguas gestas épicas, compuestas en el metro largo de diez y seis sílabas interciso. Bello no se engañó ni sobre las relaciones entre el *Poema del Cid* y la *Crónica General*, ni sobre el carácter de los fragmentos épicos que en ésta aparecen incrustados y nos dan razón de antiguas narraciones poéticas análogas á las dos que conservamos, ni sobre las relaciones entre la *Crónica del Cid* y la *General*, de donde seguramente fué extractada la primera, aunque quizá por virtud de una compilación intermedia. Aun sin saber árabe, adivinó antes que Dozy la procedencia arábica del relato de la *General* en lo concerniente al sitio de Valencia. Com-



prendió desde la primera lectura el valor de la *Crónica rimada*, encontrando en ella una nueva y robusta confirmación de su teoría sobre el verso épico y sobre la transformación del cantar de gesta en romance. Bello, con el solo esfuerzo de su sagacidad crítica aplicada á la imperfecta edición de Sánchez, emprendió desde América la restauración del *Poema del Cid*, y consiguió llevarla muy adelante regularizando la versificación, explicando sus anomalías, levantando, por decirlo así, la capa del siglo XIV con que el bárbaro copista del manuscrito había alterado las líneas del monumento primitivo. En algún caso adivinó la verdadera lección del códice mismo, mal entendida por el docto y benemérito Sánchez. La edición y comentario que Bello dejó preparada del *Poema del Cid*, infinitamente superior á la de Damas Hinard, parece un portento cuando se repara que fué trabajada en un rincón de América, con falta de los libros más indispensables, y teniendo que valerse el autor casi constantemente de notas tomadas durante su permanencia en Londres, donde Bello leyó las principales colecciones de textos de la Edad Media, y aun algunos poemas franceses manuscritos.

»Nunca tuvo tales adivinaciones y rasgos de genio la modesta crítica de D. Alberto Lista, con quien á veces, en su condición de educador, se ha comparado á Bello. Pero es cierto que Bello, aunque muy superior en originalidad y en riqueza de doctrina, tiene evidentes semejanzas con Lista en la tendencia general de sus ideas literarias, y en aquella especie de templado eclecticismo, ó de clasicismo mitigado, que aplicaba al examen de la literatura moderna... Bello no transigió nunca con los desmanes del mal gusto ni con las orgías de la imaginación; pero, sin ser romántico en la práctica, y conservando sus peculiares predilecciones horacianas y virgilianas, supo distinguir en el movimiento romántico todos los elementos de maravi-

llosa poesía que en él iban envueltos, y que forzosamente tenían que triunfar y regenerar la vida artística»<sup>1</sup>.

Debiendo prescindir aquí de Baralt, García de Quevedo y Ros de Olano, por haber incluido el examen de sus obras en el cuadro general de la literatura española en el siglo XIX, tócame dar á conocer á algunos imitadores de Zorrilla y Espronceda, á los representantes de las tradiciones clásicas y á los que posteriormente han seguido otros rumbos más ó menos originales<sup>2</sup>.

Figuran en el primer grupo D. José Antonio Maitín (1804-1874), apellidado *el poeta de Choroni*, por el nombre del valle donde pasó los mejores años de su vida, y D. Abigail Lozano (1821-1866), cuya inmensa popularidad de otros tiempos ha sufrido un eclipse casi completo. Distingúense las poesías más apreciables de Maitín por cierto reposo contemplativo y cierta languidez sentimental, sobre todo el que tituló *Canto fúnebre*, á la muerte de su esposa; mientras la desbordada y turbia vena de Lozano, aun en asuntos íntimos y personales, tiende á explayarse por las regiones de la brillantez descriptiva, halagando la vista con espléndidos cambiantes de luz, y el oído con un raudal de palabras sonoras, aunque vacías de significado. Al celebrar las glorias de Bolívar, extremó el poeta venezolano sus buenas y malas cualidades, como se verá por la siguiente estrofa, donde, á pesar de la incoherencia en las imágenes y la obscuridad en algunos versos, palpita el entusiasmo lírico y abundan las galas de dicción:

La nube, al reventar, le dió su rayo,  
Su voz estruendorosa el torbellino,  
Su magnífico lábaro el destino,

<sup>1</sup> *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo II, páginas CXXXIX-CXXXII.

<sup>2</sup> Puede consultarse, aunque con reserva, el *Parnaso venezolano*, publicado por los editores A. Bethencourt é hijos, de Curaçao.



Y su aliento de trueno el huracán.  
 La condor imperial de la victoria  
 Besó la altiva frente del guerrero,  
 Y al relumbrar de su triunfante acero,  
 Ella fué su deidad, su talismán.

Por la corrección, el gusto depurado y la ausencia de ampulósidades se apartan de la escuela romántica, D. Fermín Toro, notable orador y estadista que en sus composiciones *Á la Zona Tórrida*, *Á Carmen* y *Á la Ninfa del Anauco* demostró algunas aptitudes para la poesía; D. Cecilio Acosta, que la cultivó con esmero, aunque se resiente de falta de naturalidad, achaque también de sus elegantes escritos en prosa; y D. Jesús M. Morales Marcano, más célebre por sus discursos políticos que por sus versos, entre los cuales pertenece la mayor parte á una versión de Horacio, no publicada aún íntegramente.

Dejando otros nombres de poetas y prosistas, mencionaré de pasada á D. Francisco G. Pardo, de cuya lira brotaron armoniosos acentos, ya viriles, ya delicados, en obsequio de la religión, la patria y el amor, y á D. Juan Vicente González, que brilló principalmente como periodista satírico.

D. José Antonio Calcaño fué conocido en la Península como colaborador de *La Ilustración Española y Americana* en los primeros años de esta publicación. La oda al *Concilio Vaticano* y otras composiciones religiosas y aun místicas del autor están llenas de puros y elevados sentimientos, aunque en la forma se advierten resabios de afectación neoclásica. Hay dos escritores del mismo apellido que el anterior (D. Julio y Don Eduardo), y que, como él, figuran entre los miembros de la Academia Venezolana correspondiente de la Española.

Los hermanos D. José María y D. Aristides Rojas han dado á conocer la historia y la literatura de su patria: el primero con la *Biblioteca de Escritores venezo-*

*lanos contemporáneos*; el segundo con obras muy estimadas, como *Washington en el Centenario de Bolívar*, *Recuerdos de Humboldt*, *Orígenes de la revolución venezolana*, *El elemento vasco en la historia de Venezuela*, y *Leyendas históricas de Venezuela*, obras á las que deben añadirse varios estudios de vulgarización científica en estilo animado y pintoresco.

Por no conocer detalladamente las últimas manifestaciones del movimiento literario en la patria de Bolívar y Andrés Bello, me abstendré de dictar fallos que podrían ser aventurados. Con excepción de D. José Pérez de Bonalde, uno de los mejores intérpretes que ha tenido Heine en castellano, y de D. Miguel Sánchez Pesquera, cuyas *Primeras poesías*, no menos que la traducción de *El velado profeta del Korassan*, leyenda del poema *Lalla Rookh*, de Tomás Moore, han obtenido justos encomios de la prensa española; los prosistas y poetas que gozan de mayor fama en Venezuela no la han logrado aquí, donde sonarán como nombres oscuros y peregrinos los de D. Diego Jugo Ramírez, D. Nicanor Bolet y Peraza, D. Domingo Ramón Hernández, D. Eugenio Méndez Mendoza, D. Heraclio de la Guardia, D. Manuel Fombona Palacio (hijo del literato asturiano D. Evaristo Fombona), D. Jacinto Gutiérrez Coll, D. Félix Soublette y D. Gonzalo Picón Febres. Aunque algunos de estos autores se han dedicado á la crítica, la novela y otros géneros literarios, la mayor parte muestra una predilección muy señalada por la poesía lírica, ya siguiendo la pauta de Bécquer ó la de Núñez de Arce, ya sin atenerse á un modelo determinado.

